

Jorge Brandes o el Reinado de la Inteligencia

Det Skal Mod til at have Talent.

G. BRANDES

“**R**EQUIERE valor el tener talento.” Con estas palabras empieza el estudio de Brandes sobre H. G. Andersen, el autor de los cuentos universalmente considerados como literatura destinada a la niñez. Y en pos de esta frase dice el crítico danés en el mismo estudio: “El escritor debe atreverse a tener fe en su intuición; debe confiar en la idea de que es sano lo que le ocurre, que la forma en que se desenvuelve su pensamiento espontáneamente, aunque sea nueva, tiene razón de existir; debe tener la osadía de exponerse a que le llamen afectado o silvestre, porque uno debe atenerse a su inclinación y seguirla adonde lo conduzca y mande.” Estas palabras encierran una elegante ecuación en ciertos aspectos de la inteligencia de Brandes y de su vida espiritual.

Jorge Morris Cohen Brandes nació en Copenhague el 4 de febrero de 1842. Perteneció a una familia israelita y, a juzgar por las cartas de su adolescencia y juventud, fué favorecido por el destino con una madre de cultivada inteligencia, firme en sus principios y capaz de inspirar hondos y duraderos afectos en sus hijos. El recuerdo de su madre, como en el caso de Goethe, surge y flota en la atmósfera de su vida, la embellece por instantes y la idealiza. Estudió en la Universidad de Copenhague. Su familia le destinaba al foro. El más sabio y afectuoso de sus profesores, Hans Broechner, una especie de santo laico que acumulaba ciencia en su cerebro con una alegría de apariencia nueva y renovable,

lo atrajo a la filosofía. Broechner adquiriría conocimientos para comunicarlos gozoso a sus discípulos y moría lentamente con el sólo "regret" de que acaso del otro lado no hubiera posibilidad de gozar aprendiendo. Este hombre desventurado y siempre alegre influyó grandemente sobre la formación intelectual de Brandes, según aparece de su instructiva y deleitable correspondencia publicada en 1939.

Brandes se negó a seguir la carrera del foro. No quería demostrar la verdad sino buscarla. Tomó el rumbo de los estudios filosóficos y en éstos, al probar el encanto de la belleza, resolvió quedarse en los jardines y los entrecortados senderos de la estética. La naturaleza lo había dotado ampliamente y con pródiga generosidad para esta clase de investigaciones. Cuando él hizo sus estudios universitarios las cuestiones de estética apasionaban cordialmente a las inteligencias más escogidas.

Probó amargas horas su patriotismo cuando era todavía estudiante. En 1864 ensayó Bismarck en Dinamarca sus fuerzas contra el más débil y le arrebató a la pequeña monarquía los ducados de Schleswig y Holstein. Este año y los siguientes fueron de humillación para el pequeño Estado escandinavo. Con el asentimiento de la corte, que no del pueblo, se había apoderado del gobierno una minoría conservadora, dominada por el fanatismo protestante, con el apoyo y la complacencia de los soberanos. En la correspondencia entre Brandes, Broechner y otros espíritus libres de la época se pueden apreciar por instantes los juegos del luteranismo para conservarse en el poder y cerrarles el paso a los liberales.

Una de las víctimas de esta erizada intransigencia fué Jorge Brandes. Al terminar sus estudios, fué, como era natural, su más íntimo anhelo el ganar una cátedra de estética en la famosa y sapientísima universidad de la capital danesa. Broechner le estimulaba y ponía en juego sus mejores influencias en favor del amado discípulo. Todo fué en vano. Brandes, para consolarse de sus naufragios en el mar universitario, antes de ceder, como probablemente lo esperaban los atrincherados capitanes de la fe intransigente, resolvió viajar por Europa en muchas direcciones de la rosa de los vientos y del espíritu. En ese viaje por Francia, Italia, la Gran Bretaña y Alemania, tuvo contacto con los grandes pensadores de la época, Taine, Renan, Stuart Mill, Hettner, Villa-

ri, el historiador italiano, y otros personajes de tercero y cuarto orden acerca de los cuales se ejercita en graciosas observaciones su fino humor escandinavo y su conocimiento de las humanas flaquezas. Es el triste año de 1871. En una de las cartas de Broechner a Brandes hay estas frases sobre el triunfo de los alemanes en el año terrible: "Y la raza que triunfa es la representativa del reverso de toda civilización y cultura, el bruto poder que esclaviza la inteligencia y supedita sus obras para hacer retroceder la libertad y poner en lugar de ella la brujería y las supersticiones de la Edad Media." Estas palabras íntimas en boca de un hombre de ciencia, de un filósofo dado a los más profundos estudios de lógica y de metafísica, representan más que otra cosa el estado de espíritu creado en los países del norte por la soberanía de la intolerancia.

Al regresar de su viaje de observación y de estudios, Brandes se sentía preparado para entrar a la lucha. La voracidad de su inteligencia en la adquisición de conocimientos se hace presente en las frases con que describe sus primeras visitas a ese repertorio de la ciencia y de la humana curiosidad que es la biblioteca del Museo Británico, modestamente llamado por los ingleses "cuarto de lectura". Describe en su diario como las horas más felices de su vida, aquéllas que pasó en Londres satisfaciendo anhelos de saber que la biblioteca nacional de su país, con medio millón de volúmenes, no había podido colmar.

Ya había escrito obras de pensamiento, como el *Estudio sobre la estética de Taine*, y formó el propósito de dar conferencias libres sobre "la literatura de Europa en el siglo XIX representada en sus principales corrientes". Tal es el título de los discursos pronunciados ante un auditorio numeroso y atento que buscaba y encontraba en las palabras del conferenciante el origen de los males que afectaban la vida danesa y la explicación de cuánto era remota la posibilidad de curarlos.

De esas conferencias, que conmovieron reciamente la textura intelectual de Dinamarca, Brandes hizo un libro en seis volúmenes con el título de que se ha hecho mención. Ese título ha sido abreviado por la avidez de los lectores y críticos, y hoy la obra es conocida con el nombre de las *Corrientes*. Del danés la obra pasó en la traducción alemana a conocimiento del público europeo. Algunos tomos fueron traducidos por el mismo Brandes

al alemán, otros circulaban por el mundo en ediciones pirateadas por hábiles tudescos en el negocio de librería. Con esta obra el nombre de su autor vino a ser símbolo de autoridad en la crítica literaria de Europa. Pronto pasó del alemán al inglés y en tal idioma se difundió por todo el mundo. El título de la obra da una idea completa e inteligente de sus propósitos. La literatura de un país no es una vegetación aislada, originaria exclusivamente de su suelo y sin nexos con la vida intelectual y la obra pensante de otros países. El pensamiento humano es de apariencias homogéneas en sus más elevadas manifestaciones; hay una especie de corrientes telúricas que ponen en contacto a unas inteligencias con otras, al través de enormes distancias, en el tiempo y en el espacio. Las ideas a que se debe la aparición de obras semejantes entre sí en comarcas distantes unas de otras, sin contacto intelectual entre ellas, parecen hacer su rumbo espiritualmente como las semillas de algunos vegetales en el pico de las aves o en las corrientes del aire. Brandes nos muestra en su obra capital el nacimiento y la difusión de las ideas literarias y las formas en que éstas van envueltas como un drama grandioso, en seis actos, de una movilidad apasionante. Empieza por caracterizar a los franceses que les dieron salida a sus pensamientos en tierra extraña a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Es el tomo sobre la *Literatura de los emigrantes*, análisis de vigor y luminosidad fascinadores. En el segundo acto, de título *La reacción en Francia*, analiza la tendencia demoledora de los dos espíritus predominantes en la época, De Maistre y De Bonald, y prepara el escenario de los actos siguientes en que los actores del "romanticismo alemán", las obras insuperables de los "románticos franceses", la "literatura naturalista" de la Gran Bretaña y la actividad variada, graciosa, sentimental o lánguida de la "joven Alemania", van llenando alternativamente las tablas del mundial escenario. La época se prestaba magníficamente para una presentación escénica de los grandes movimientos estudiados por Brandes en su obra de más vasto significado. Los hombres de ese período portentoso y abigarrado tuvieron o quisieron tener vidas caracterizadamente dramáticas. Rousseau, enfermo de manía persecutoria, es un personaje de drama pasional y de análisis; Chateaubriand, Byron, Shelley, llenan el mundo con sus hechos, con sus fastuosos amores, con el ritmo y el pensamiento angustiado de sus obras; De Bonald y De Maistre hacen

llegar a los espectadores el zapateo del coturno antes de mostrarse en el tablado; Beyle se atormenta con sus cogitaciones y lanza al escenario paradojas como dardos; Musset ostenta sus desengaños como un lisiado sus dolencias. Hay gentes discretas como *Merimée*, que odian la publicidad y desprecian la idea de entregarle a un mundo indiferente o suspicaz la intimidad de sus sentimientos. Su actitud le da variedad a la escena y al andar del drama. Personajes de natural hosco, de inteligencia maligna, fabulosamente equipada por nacimiento y por estudio para conocer al hombre y lastimarlo sin herirlo, tales como *Sainte-Beuve*, llenan su fin en este drama de la pasión, de la vida intensa y del análisis. No hay que esconder la verdad de que mirada de ciertos ángulos la obra es defectuosa y por necesidad incompleta, pero no había entonces ni se ha hecho hasta hoy trabajo en su clase de tantos alcances, que encierre en tan poco espacio las facetas más importantes de un período de vida intelectual sin émulo en la historia del pensamiento moderno. Enumeraciones frías, catálogos parecidos a un bostezo, historias desarticuladas de éste y de otros períodos y aun del ciclo entero de la literatura de todos los tiempos, hay por docenas y aún han de escribirse muchos. De los existentes ninguno tiene la fascinación y la vitalidad palpitante y cálida de esta obra que no sólo enseña y entretiene sino que apasiona, haciendo ver la vida en aspectos de interés sorprendente.

Las ideas políticas de Brandes, su concepto de la vida, le hacían imposible ganarse el sustento en Dinamarca. En alguno de sus escritos pinta con frases de dolor comunicativo la amargura de quien se siente no solamente incomprendido sino odiado en su patria. Por su parte él sentía desdén suficiente por la mayor parte de las gentes que dirigían la opinión en general, que imponían su gusto en literatura y arte y su voluntad en el gobierno; situación doblemente penosa para un ser de sensibilidad aguda que amaba a su patria con pasión reflexiva y sin reservas mentales. Sus páginas sobre el sentimiento nacional, sobre los caracteres específicos del alma danesa, conmueven por su delicadeza, por su profundidad y exactitud.

Por los años de 1880 tuvo la idea de trasladarse a Berlín, para adquirir dominio absoluto del idioma alemán y ganarse la vida escribiendo en esa lengua. El ambiente le fué propicio; *Berliner Tageblatt* publicaba semanalmente un artículo y la *Deutsche*

Bundschau daba de cuando en cuando ensayos o estudios literarios de Brandes. Fué en esta revista donde el autor del presente escrito vió por primera vez el nombre de Brandes al pie de un sagaz, iluminado y desprevenido análisis de la obra de Emilio Zola. De sus estudios de esa época se formó el tomo *Menschen und Werke*, publicado en 1894, con estudios sobre los personajes literarios que llenaban el ambiente de esa hora, aunque ya hubieran muerto, con el rumor creado por sus obras y sus ideas. Allí está el estudio sobre Zola, un delicioso análisis de la obra de Jacobsen, el primer trabajo serio y concienzudo sobre Federico Nietzsche, conjunto de conferencias leídas en Copenhague, con las cuales empezó a romperse la capa de hielo que los profesores alemanes habían soplado con académica consagración alrededor de su nombre. A Brandes le debió Nietzsche el principio de su fama y a Brandes importa que acudamos para comprender la tenacidad con que el ambiente de la filosofía alemana opuso resistencia a uno de los más claros y más profundos pensadores del último cuarto del siglo XIX, cuya actividad mental influyó no solamente sobre el rumbo de los espíritus sino también sobre los recursos y la índole de la lengua alemana.

No hay espacio para mencionar toda la obra literaria de Brandes y acaso no sea necesario. Los dieciocho tomos en cuarto mayor de que ella se compone son como un diario de la vida espiritual de Europa desde 1875 hasta la muerte del autor en 1927. Conocía Brandes casi todas las lenguas cultas de Europa y escribía con desembarazo en dos o tres, a más de la propia. Llegó a señorear el alemán hasta escribir, como se ha dicho, para diarios y revistas de la mayor competencia como textos de lengua; pero su amor se concentraba en la lengua danesa, su idioma nativo, en cuyas hermosas propiedades de claridad, elegancia y fastuosa hospitalidad ponía todas sus complacencias. Preguntado alguna vez sobre cuáles eran las mejores obras suyas publicadas en alemán, respondió: "Si desea usted saber lo que soy y puedo hacer como escritor, lea mis libros en danés."

No se daría, sin embargo, una idea de la estructura mental de Brandes si no se mencionaran a lo menos algunas de sus últimas obras. Es natural que el crítico interesado en la descripción de los estados de espíritu de un escritor, según se lo muestran las obras del personaje estudiado, gire hacia los estudios biográficos.

De la representación de las *Corrientes literarias* Brandes hizo rumbo a las monografías de cierta extensión, algunas de valor psicológico incomparable como los estudios sobre Ibsen y Turgueniev, y de estos análisis evolucionó hacia las biografías minuciosas que sin disminuir el personaje principal sirven para dar una idea completa de la cultura y las peculiaridades de toda una época. *Julio César* es la exhibición de la vida romana en todos sus aspectos en los dos siglos anteriores al cristianismo; *William Shakespeare* no es sólo una biografía literaria: es la historia de la civilización en Inglaterra mientras duró en ese escenario el autor de *Hamlet*; *Miguel Angel* es el Renacimiento; *Voltaire*, el siglo XVIII en sus aspectos de mayor significado y de fuerza expansiva del espíritu.

Como en muchos hombres de su época, los estudios estéticos condujeron de la mano e insensiblemente a Jorge Brandes hacia los estudios sociales. No es difícil explicar los motivos de esa desviación o cambio de ruta. La injusticia predominante en los aspectos de la vida moderna tiñe de fealdad repulsiva la historia contemporánea. Al hombre que estudia los orígenes, los aspectos de lo bello y su influencia sobre las obras y actividades del individuo, la fealdad de la injusticia suscita en su organismo pensante reacciones hondas y duraderas. Ruskin pasó de la extática contemplación de la belleza al estudio de las desigualdades y miserias sociales. En un nivel no tan elevado, Faguet, disector de ideas y retratista de figuras literarias proceras, acabó por entregarse a la contemplación de las verdades eternas que plantea el problema social. En Brandes la injusticia, la crueldad, la competencia brutal de que está llena la historia pasada y actual de las naciones, movieron en los últimos días su pluma para analizar los conflictos internacionales. En el plácido recodo no escaso de amenazas que fué Dinamarca, en la guerra de 1914, Brandes usó de su gran serenidad, de su conocimiento de los países beligerantes, para explicar los orígenes de la lucha sin escatimarle a ninguno de ellos la responsabilidad en el enorme crimen colectivo de cuyas consecuencias no se ha repuesto el mundo ni se repondrá en muchos años. Escribió durante la guerra una serie de reflexiones sobre las causas del oscuro delito, publicadas luego con el nombre de *Guerra mundial (Verdenskrig)*, y durante las tentativas frustráneas de organización de la paz discurrió desapasionadamente y proféticamente acerca de las torcidas vías y falaces procedimientos de que

se estaba haciendo uso para mantener en el mundo la intranquilidad y el odio. En *Tragoedien's anden Del* (*Segunda parte de la tragedia*) recogió esos artículos que en un mundo menos obcecado pudieran haber servido de guía para los responsables. Allí pronostica Brandes la liga de Alemania, Italia y el Japón más o menos en las formas en que ha venido a efectuarse.

En su obra de crítico el autor de las *Corrientes* no es sistemático ni intransigente. La base de sus indagaciones es una absoluta libertad de pensamiento. Ni critica para enseñar y menos para corregir. En toda su obra no hay un solo trabajo destinado a demoler libros o reputaciones ajenas. Lo insignificante, aunque haya tenido admiradores, no lo tienta sino como fenómeno social. Lo feo, detestable, lo impuro, lo artificioso, lo dejan indiferente. Sigue el consejo de Renan: "On ne doit parler que de ce qu'on aime." Rehuye los sistemas. Para su espíritu de analista un libro es el producto de una inteligencia. En el libro se encuentran los datos necesarios para determinar las cualidades del talento, del carácter a que debe su origen. La historia y la biografía nos suministran apenas datos para saber que hubo un comediante y autor de dramas que tuvo por nombre Guillermo Shakespeare. Pero, dice Brandes, nos dejó treinta y seis o treinta y siete dramas, ciento cincuenta y tantos sonetos, varios poemas. Con ellos basta para enterarnos de la vida de este hombre singular y prodigioso. No sólo en la obra de un autor se pueden encontrar detalles para levantar la estatua de su personalidad literaria. Donde falta el documento, las anécdotas pueden suministrar elementos utilísimos de investigación. La anécdota puede no tener fundamento histórico. Su valor depende de que haya circulado realmente en vida del autor, haya o no logrado pasar por verdadera entre los contemporáneos. El hecho de que haya sido propalada en su tiempo, aunque carezca de verdad histórica, ilumina la hora, por el hecho solo de haber circulado.

Sin embargo, no son estas obras de investigación y conjetura las más significativas en el total de la enorme producción de Brandes. El análisis ejercido sobre algunos contemporáneos arrebatada por sus cualidades de penetración y dominio del sujeto. El estudio sobre Zola, cuyos procedimientos de exagerado realismo asustaron a una generación y comprometieron la responsabilidad de la siguiente, empieza demostrando que todo el tinglado de al-

gunas de sus novelas es de corte clásico, salida que nada tiene de humorística para quienes lean desprevenidamente las páginas de *La faute de l'Abbé Mouret* o todo el contenido de *Rêve* o de *Une page d'amour*. Dice Brandes: "El pesimismo obra en el esfuerzo artístico de Zola, en exacta concordancia con su tendencia a describir lo auténticamente, lo fundamentalmente humano; simplifica y reduce." Ahora, describir lo ordinario, lo general, lo abstracto; simplificar, reducir, eran los procedimientos vitales del arte y la literatura clásicos.

Brandes fué de nacimiento un esfuerzo imperioso de la naturaleza para crear una inteligencia capaz de entenderlo todo. No se escapó al talento literario de esta criatura privilegiada ninguna de las manifestaciones del arte en época tan rica de sensibilidad y refinamientos como el siglo XIX. Sintió y expresó con dolor en la angustiosa mañana del siglo XX los preliminares de graves conflictos. Lanzó el último suspiro en 1927, llena el alma de las amarguras en que se debatía el mundo en esos instantes de crisis preparatorios del drama que él había diseñado en una de sus últimas obras. El haber nacido en un país de población reducida y dominado por el fanatismo religioso en gran parte del siglo de su nacimiento, le cerró por mucho tiempo las avenidas de la celebridad. Con todo, su nombre había conquistado fama y honores al cerrar el siglo XIX. Rusia, Polonia, Inglaterra, América, le invitaban a difundir por medio de conferencias la riqueza ideológica de su mente y el tesoro de sus emociones frente a las grandes obras y a los grandes errores del hombre.

